

# ANTE EL INDISPENSABLE CAMBIO DE CANCELLER

Rafael Bielsa ya no es más Canciller. Esto es bueno para la República. Más allá de si Bielsa era, o no, un “pavo real”, como -según Jorge Asís- lo llamaban anecdóticamente en Casa de Gobierno. Fue un improvisado. Y un raro incontinente verbal. Lo que, en política exterior es grave. Su “modo de ser” (compatible con el “estilo K”) lo llevó a agredir -innecesariamente- a Dios y María Santísima. A todos, por igual. En todos los idiomas. Con el costo consiguiente para nuestra ya debilitada imagen externa, proyectando intolerancia. Desde estas mismas columnas dijimos -hace muchos meses- que la gestión de Rafael Bielsa como Canciller de la República Argentina será recordada, por muchos años, como pésima. En rigor, como la peor de las últimas décadas. Por una suma ne-



gativa de características absolutamente fuera de lo común: desubicación; resentimientos; faltas de cortesía elementales; manipulación de la verdad y, como si todo eso fuera poco, una injustificada actitud marcada por la soberbia. Así de lamentable.

A todo esto le agregé, para colmo de males, un desprecio por la ética pública cuando, para mejorar su posición personal en las elecciones para diputados por la Capital Federal (en las que participaba pese a ser rosarino) no vaciló en no renunciar (como debía) a su cargo de Canciller. Para aprovechar así la notoriedad -y las consiguientes “candilejas”- que ese visible y particular cargo depara.

Hizo entonces toda su campaña electoral desde el púlpito del poder, con todos sus micrófonos, luces y amplificadores en su favor. Alternando, de pronto, en esa curiosa campaña electoral, falsos “atuendos progresistas” con “corbatitas de tonos rosa o amarillo”, Bielsa mostró el típico encandilamiento con la pompa del que no tiene la dimensión que el cargo requiere.

El electorado lo percibió enseguida y, por ello, lo castigó duramente con una tercera y catastrófica ubicación en los resultados finales, pese a la constante intervención personal del Presidente Néstor Kirchner en su favor, que no logró “remontar” lo que era imposible de cambiar: el notorio desprestigio del candidato.

Por esto cabe recordar que no hace mucho, desde el mundo árabe (no desde Occidente, que Bielsa desdeña) llegó una lección de la que, probablemente, no se haya enterado.

Me refiero a la actitud, diametralmente opuesta, del excelente Ministro de Finanzas de Palestina, Salam Fayyad, que renunciara a su cargo para poder competir en las elecciones parlamentarias de este enero del 2006. Como debe hacerse.

Fayyad no es un improvisado. Es un ciudadano árabe notable, al que se admira y reconoce en todas partes. Por su impecable educación, por sus antecedentes, por su cuota de bien ganada experiencia, por su actitud de permanente respeto hacia los demás, amigos o adversarios, por su transparencia permanente, por sus modales impecables y por sobre todas las cosas por su honestidad. Por su conducta ejemplar, entonces.

Habiendo sido alto funcionario de organismos financieros multilaterales, Fayyad sabe bien como funciona el mundo y cuales son las pautas éticas que deben gobernar las conductas públicas. Otros, no.

Ocurre, además, que las normas electorales palestinas, con buen criterio, exigen a quienes -siendo funcionarios públicos- pretenden ser candidatos a cargos electivos, que renuncien a sus cargos públicos por lo menos dos meses antes de las respectivas elecciones.

Para evitar así que, como en la Argentina, usufructúen de las ventajas en cuanto a notoriedad que el poder y sus distintas aureolas confieren -siempre- a sus circunstanciales titulares.

Toda una lección de ética pública, que llega desde Gaza. Quiera Dios que la sepamos aprovechar, alguna vez. Para poder efectivamente ser “serios”. En lugar de declamar que lo somos, cuando el espejo de nuestras conductas cotidianas -al más alto nivel- sugiere todo lo contrario. A los gritos.

A Bielsa lo ha reemplazado un hombre que, sin duda, sabe más. Pero con ideología y antecedentes que lo marcan para siempre. La profesionalidad de Jorge Taiana no está en discusión. Sus colores tampoco. Y acaba de demostrar que sabe bien donde están las prioridades para la Argentina, al concurrir a la reunión de Hong Kong donde -a nivel ministerial- se jugaba el futuro de la Rueda Doha. Para nosotros, la supervivencia del perverso “proteccionismo agrícola” que por tantos años ha sembrado miseria y desocupación en nuestro país. Esta es una de las principales causas de nuestra “decadencia” como Nación. La otra, somos nosotros mismos.

En la edición de “La Nación” del 9 de diciembre del 2005, el flamante Canciller de la República Argentina, Jorge Taiana (continuando la tradición de su predecesor que abusara incansablemente de la “hospitalidad” de ese medio) hizo su primer perfil de la política exterior argentina, centrándola en los derechos humanos, describiendo la acción de nuestro país como -en su opinión- la de una nación que lidera -en el mundo- en materia de derechos humanos. Ojalá sea así. Pero tengo muchas dudas. Muchísimas.

Curiosamente, nada dijo Taiana acerca de nuestra posición en la urgente e importantísima tarea que tiene que ver con la reforma de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, a cuyo accionar -pese a las loas de nuestro actual Canciller- el propio Secretario General de las Naciones Unidas (siguiendo, en esto, la opinión -unánime- del

Grupo de Expertos de Alto Nivel por él designado, que produjera el excelente Informe del 2 de diciembre del 2004), ha calificado, con toda razón, de “carente de credibilidad y profesionalidad” para la comunidad internacional. Todo un “expresivo” silencio, el de Taiana.

Es buena, sin embargo, su referencia sobre la resolución aprobada, por iniciativa de nuestro país, en Ginebra en materia del “derecho a la verdad”. Pero es necesario señalar que el Canciller silencia que, precisamente defendiendo el “derecho a la verdad” en nuestra propia casa, la Conferencia Episcopal Argentina acaba de imputar al gobierno de Néstor Kirchner algo muy serio: que está faltando a la verdad desfigurando “sesgadamente” lo efectivamente sucedido en la década de los 70 en nuestro país.

La “verdad” es siempre importante. Pero en la medida en que ella sea garantizada a todos. No a algunos solamente. Y, tarde o temprano, la verdad aparece, por aquello de Santa Teresa de que “la verdad padece, pero no perece”, frase que ha vuelto a cobrar actualidad en la Argentina actual presuntamente “seria”, pese a los años transcurridos desde que la Santa hiciera su acertada reflexión.

Queda también por verse si la Argentina seguirá evitando condenar (como sucediera durante la gestión del anterior Canciller, el “dubitativo” -aunque volcánico- Rafael Bielsa, que terminó como su hermano (el ex entrenador de la Selección Nacional de fútbol, en desgracia) a las dictaduras comunistas. Como la de Bielorrusia; o la de Cuba, por motivos que jamás se explicaron públicamente. Como si los mandatarios del pueblo fueran en rigor sus mandantes, a lo que jamás nos acostumbraremos, más allá del las actitudes autoritarias de algunos.

Volvamos a Hong Kong. La Organización Mundial del Comercio ha podido avanzar poco en dirección a la libertad comercial, solo respecto de los subsidios a la exportación. Los demás instrumentos del proteccionismo quedaron para ser discutidos este año, sobre la mesa. Sin definiciones, entonces.

Pero no estamos desarmados. Ahora tenemos la posibilidad de exigir reparación por los daños que el proteccionismo nos causa. No importa lo cuantiosos que sean. Porque la cláusula de paz, acordada -vergonzosamente- en la Rueda Uruguay nos había castrado esa posibilidad. Pero ya no está más en vigor.

Según acaba de puntualizar la ONG OXFAM (véase, en su excelente sitio: [www.make-tradefair.com](http://www.make-tradefair.com) el texto íntegro de su oportuno informe, N° 81: “Truth or Consequences. Why the EU and the USA must reform their subsidies, or pay the price”) hay otros casos en los que la Unión Europea y los Estados Unidos (y lo mismo ocurre con Japón y Corea del Sur) están claramente actuando en la ilegalidad, con subsidios que por ser ilegales, deben desaparecer o dar origen a acciones por reparación de los daños.

Con el convencimiento de que, bajo ningún concepto se puede suscribir -una vez más- una cláusula de paz (menos aún, una exclusiva para el sector agropecuario), debe tenerse en cuenta que hay situaciones en las que es necesario negociar con firmeza. No solo porque tenemos razón. También porque tenemos derecho a que se nos reparen los perjuicios que nos causan, lo que es -reitero- un arma no despreciable.

Hablamos de situaciones que, en el caso concreto europeo, violan las prohibiciones incluidas en la Parte II, Artículo 3.1 (b) del Acuerdo de la OMC sobre Subsidios y Medidas Compensatorias.

Veamos las denuncias concretas de OXFAM, porque muchas de ellas (por ser subsidios directamente atados al contenido local, o sea una suerte de “compre europeo”) golpean duro a los productores argentinos. Especialmente a los regionales, generando desocupación, y empujando a la gente a abandonar (por falta de trabajo) sus lugares de origen y trasladarse a los centros urbanos, engrosando las villas de emergencia.

Primero está el caso de la pasta de tomate. Los europeos son el tercer exportador del mundo de este producto. Pero esto lo logran pagando subsidios del orden del 65% del precio del producto final, por usar como insumo solo tomates locales. A esto dedican, todos los años, la friolera de unos 300 millones de euros. Solo así son competitivos.

Enseguida, están los duraznos en lata. Aquí los europeos, como exportadores, tienen el 40% del mercado mundial. Los subsidios -en este caso- equivalen al 20% del precio. Esto es, unos 20 millones de euros al año. Sin ellos, no podrían vender en el mercado internacional.

Algo similar sucede con las peras en lata. Las peras europeas que compran los enlatadores locales tienen un subsidio que es del 80% de su precio. Sin ese subsidio, no habría siquiera cosecha, seguramente.

Está, además, el caso de los jugos cítricos. Las naranjas, limones, pomelos y otros citrus de producción local que se destinan a fabricar jugos en Europa reciben un subsidio del orden del 300% de su precio de mercado. En esto gastan unos 250 millones de euros al año. Sin subsidios, el insumo europeo sería prohibitivamente caro.

Está enseguida el tema de los vinos y licores. A esto la Unión Europea dedica unos 600 millones de euros por año. Los principales beneficiarios son nuestras amadas Italia, España y Francia. Sin estos subsidios, Europa definitivamente no tendría el 90% del mercado de los licores y, en vinos, sería prácticamente imposible para ella poder competir como lo hace ahora.

En materia de tabaco, las cosas son también parecidas. Los productores reciben unos 900 millones de euros por año. Esto equivale al 76% de sus ingresos totales y al 300% del precio internacional del producto.

En los lácteos hay un programa -lentísimo- que apunta a eliminar los subsidios. Sin ellos, nuevamente Europa no podría exportar, ni manteca, ni leche en polvo. En el último rubro, Europa -paradójicamente- es el principal exportador del mundo.

Pasemos ahora a los subsidios ilegales de los Estados Unidos. Los casos denunciados por OXFAM son -ambos- esenciales para la Argentina. Se trata del maíz y del arroz. El primero de esos productos es uno de rubros los más importantes en nuestras exportaciones. Gracias a los 8.000 millones de dólares en subsidios directos a sus productores domésticos, los Estados Unidos, en el 2004, tuvieron una cosecha que fue record histórico. La más alta en los últimos 20 años. Los norteamericanos, recordamos, exportan el 60% del maíz que cada año se vende en el mundo. Sin subsidios, eso no hubiera podido ocurrir, y

los precios internacionales hubieran naturalmente sido mucho más altos. El segundo caso es el del arroz. En los últimos cinco años, los subsidios norteamericanos a los productores de arroz fueron equivalentes al 99% del precio internacional del producto. En materia de sorgo, los norteamericanos anuncian -orgullosos- que son el mayor exportador del mundo. Lo que no dicen es que esto es así solo porque, cada año, subsidian directamente a sus productores con unos 400 millones de dólares.

Cuando decimos que los europeos gastan, cada día, dos euros en cada una de sus vacas, lo que supera los ingresos que, en otras partes del mundo, tienen unos 2.000 millones de personas; o cuando señalamos que los países de la OECD dedican todos los años unos 255 billones de dólares a subsidiar a sus productores agrícolas, lo que nos duele es que esto es a costa de sembrar, desaprensivamente, la miseria entre nosotros. Por años, día tras día. Es hora de decir basta.

Es cierto que en materia de subsidios a la exportación (los que desaparecerán en el 2013), los europeos gastan unos 7.000 millones de dólares anuales. Y los norteamericanos prácticamente cero. Pero también que los americanos tienen financiamiento subsidiado para estos casos. También es cierto que en las llamadas “ayudas internas” (como las antes descritas) los europeos gastan 70.000 millones de dólares por año y los norteamericanos solo 26.000 millones de dólares.

Es igualmente cierto que en el plano tarifario los europeos son más proteccionistas que los norteamericanos. Recaudan -por este concepto- unos 70.000 millones de dólares por año, mientras que los norteamericanos solo unos 16.000 millones de dólares. Para peor, los europeos tienen toda una red de preferencias para sus ex-colonias, o -mejor dicho- para las empresas europeas que aún trabajan en sus ex-colonias.

Pero lo grave no está en quién subsidia más, o quién subsidia menos. Lo grave es la actitud. La posición negociadora europea es cerrada, mezquina, e insensible. La norteamericana, en cambio, bastante menos, porque comienza por reconocer el daño causado por el proteccionismo, no reclama para sí el derecho a proteger a su agro, pase lo que pase a terceros, y propone un desarme, de subsidios y tarifas, más dinámico y comprensivo. Todo esto está bien documentado en un interesante trabajo de Marie-Laetitia Bonavita (en “Le Figaro” del 5 de diciembre pasado).

Para la Argentina este tema, el del proteccionismo agrícola, es una prioridad. Uno de los temas que este año serán excluyentes en materia de estrategia para crecer.

Para el Brasil también. Pero hay quizás una diferencia filosófica. Brasil quiere exportar lo más que puede. Esto es, crecer -ambiciosamente- en producción, para poder abastecer los mercados externos y generar efecto multiplicador en casa. La Argentina (en una actitud de las tantas, casi atávicas del peronismo) prefiere pensar en el agro como un abastecedor de comida barata -y de calidad- para su pueblo. Solo eso. Si suben las exportaciones, también los precios. Para el peronismo tradicional esto es anatema. No importan los atrasos relativos. Ni las pérdidas de oportunidades. Ni la generación de empleo. Ni las transferencias de ingresos. Ni las migraciones internas. El “asadito” debe ser diario y barato, porque “así somos nosotros”. Así nos ha ido.

Cuando cambiemos esta insólita “visión” facilista creceremos, en el campo y fuera de él. Porque más allá de nuestras fronteras hay un mundo que demanda alimentos y está dispuesto a pagar bien por éstos.

Con satisfacción publicamos en este número el buen trabajo de Zeyno Baran sobre la “guerra de las ideas” dentro del mundo musulmán. Esta es la primera vez que nuestra revista incluye una colaboración originalmente aparecida en *Foreign Affairs*, con la autorización del caso. Esto es todo un reconocimiento. En el próximo número incluiremos, a su vez, un artículo de Thomas Nichols, sobre la nueva “era de la prevención”, en este caso, con autorización del *World Policy Journal*.

De esta manera brindamos a nuestros lectores -además de la “visión desde el sur”- la posibilidad de acceder a trabajos de primera línea, publicados en el exterior ■

El Director